

¡QUE YO VEA, SEÑOR!

Reunidos estábamos mis amigos y yo en una sala espaciosa, todos muy preocupados con los temores de próximos trastornos sociales, cuando uno propuso como remedio a la seriedad y casi tristeza que de todos se iba apoderando, que cada uno contara por turno, algún hecho edificante y de honesto esparcimiento. Todos unánimemente aprobamos la feliz ocurrencia de nuestro compañero, y dándonos ejemplo aquel amigo de rostro venerable y severo, difícil de borrarse de la memoria de quien una vez le contemple, comenzó a cumplir su compromiso con la siguiente historia.

Un médico de cierto pueblo tenía un hijo llamado Luis, y por más esfuerzos que había hecho y por mucho que había aguzado su talento y trabajado durante su carrera, no logró que le acariciara la fortuna, siendo, por el contrario, ésta con él tan parca que, sólo a costa de grandes sacrificios y privaciones sin cuento, pudo el médico dar estudios a su hijo. En clase de externo asistió éste a las clases de un colegio que junto a su pueblo había, y luego que aprobó los estudios de él, fue a matricularse en los superiores a una universidad de Alemania.

Aquí encontró la buena suerte y protección de un amigo de la infancia de su padre, el doctor von Röber. Este, al conocer en Luis Freilitsch al hijo del doctor Freilitsch, médico como él y compañero inseparable en toda su carrera, le acogió lleno de cariño, le tuvo en su casa y le cuidó durante la carrera como si hubiera sido hijo suyo.

Al cabo de siete años obtuvo Luis el título de doctor, y al pensar con qué entusiasmo y con qué gozo reciben los estudiantes los diplomas de sus estudios,

cualquiera podría fácilmente conjeturar cuán grande sería la dicha de Luis laureado con el supremo y bien merecido título de doctor. Sin embargo, se equivocaría mucho, puesto que Luis no hizo más que llorar este día, y retirado en su aposento e inclinado tristemente sobre su escritorio, sólo pensaba en su desgracia.

Durante los siete años que había pasado entre tan dulces cariños y con tan generosa hospitalidad del doctor Röber, no era Luis el único que había vivido en aquella casa, sino que además y principalmente formaba las delicias de aquel padre una hija suya llamada María, y ángel tutelar de aquella reducida familia, por los buenos oficios que con ella desempeñaba.

Luis, pues y María, eran a los ojos del anciano doctor sus dos hijos, eran un hermano y una hermana, sin que por las continuas ocupaciones en que se veía envuelto, ó por el cuidado que su quebrantada salud exigía, llegase a sospechar ni a figurarse las transformaciones que a la larga había de sufrir el constante cariño de los dos jóvenes.

Luis, pues, y María se amaban.

Pero ¿sabían, por ventura, que se amaban? A lo menos no se lo habían declarado aún, porque jamás medió entre ellos una palabra de amor, y jamás se veían sino a las horas de comer y en las tertulias de los inviernos, y esto bajo la severa vigilancia de su padre. . . . Mas el día que Luis recibió su título y se presentó con él a su protector, éste en presencia de María le dio muestras especiales de afecto, y abrazándole cariñosamente le exhortó con voz paternal a que mirase por su porvenir, y le dijo: «Trabaja, hijo mío, trabaja siempre, que dentro de muy poco tiempo quizá formarás familia si encuentras, como espero, alguna joven digna de ti con quien te cases...» Al oír María estas últimas palabras se retiró... y cuando volvió al

lado de su padre, aún tenía los ojos humedecidos con las lágrimas que había derramado. Luis que lo había conocido, no pudo contenerse y dejó escapar también algunas lágrimas.

El doctor Röber era rico, y el doctor Freilitsch era pobre. ¿Podrían pues amarse Luis y María?

¿Y qué hacer en esta lucha? ¡Todavía tenía Luis que pasar un año en la universidad para escribir y presentar el discurso para el doctorado!

¿Podía, por tanto, continuar viviendo bajo el mismo techo que antes, amando como amaba a la hija de su protector? ¿No pedía la delicadeza y el buen nombre de la familia y su propia honra abandonar cuanto antes aquella casa y retirarse lo más lejos posible? Mas..... ¿el marcharse... no equivalía a renunciar al primero y único amor de su corazón y de toda su vida...? Todo esto andaba revolviendo Luis en su interior y atormentábale sin compasión, hasta que armándose de valor y preparándose para hacer pedazos con sus propias manos su corazón, si fuera menester, salió de su aposento y bajó a tratar con su protector.

El doctor Röber estaba en su despacho, y Luis entró.

María a esta sazón estaba también en su aposento llorando. . . .

Sentada con la labor en las manos, con la aguja inmóvil entre los dedos, y fijos con vaguedad los ojos en el espacio, esperaba con ansia un rayo de esperanza que nunca llegaba, y se preguntaba también a sí misma ¿qué hacer? Pero la solución en seguida la encontraba. ¿Qué le importaba a ella que fuese pobre Luis...? Era un buen joven y ella le amaba; pero su padre, anciano ya, que sólo por ella había trabajado, y sólo por ella vivía ¿lo vería con buenos ojos? ¿lo querría? ¿No

iba con esto a entristecer la ancianidad de su padre? Había, según esto, de abandonar a Luis, pero.... en seguida le parecía como que se le anudaba la garganta y comenzaba a derramar copiosas lágrimas.

Abrese de repente la puerta, y entra su padre. Tan de repente fue, que ni tiempo tuvo María de secar sus lágrimas, viéndose obligada a cubrirse con las manos.

—¿Qué es eso, María?—dijo el doctor—¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

Nada pudo contestar María, porque sintió como deshecho su corazón.

Conmovido también el padre, sentóse junto a ella, y estrechándola contra su pecho, la dijo con ternura: «¡Vamos, hija, vamos, María, no llores, no llores ya! Acaba de hablar Luis conmigo.... ¿le quieres tú? ¡Pues, hija mía querida, si así es, no me opondré yo a la felicidad que con él te prometes...!»

Estaba María entre los brazos de su padre como muda, sin que pudiese articular palabra ni ahogar los sellosos que de su oprimido corazón salían. Después de un largo rato recobró la serenidad y pudo seguir con su padre la conversación. «No hablemos ya más de este negocio, dijo el padre para terminar. Luis es un buen muchacho, honrado, franco, laborioso, y me parece que podrás ser feliz con él. Por otra parte, yo le conozco bien y le quiero. Ahora mismo voy a buscarle y hablaremos.»

—¡Padre mío, por Dios....! ¡No, todavía no! Tengo mucho miedo.... ¡Yo no sé lo que me pasa! ¡Permitidme que lo encomiende a Dios primero!

—¡Bien, hija mía! Anda y pide a Dios sí. Que su divina bondad nos concederá lo que mejor nos convenga.

María fue al punto a su oratorio, y delante del tabernáculo pidió de rodillas al Señor la iluminase.... Allí se consideraba dichosa, y ocupada en tiernos afec-

tos de agradecimiento para con Dios, sintióse repentinamente conmovida, y haciendo esfuerzos como para contener su agitado corazón, se presentó de nuevo a su padre.

Una hora más tarde subió el doctor Röber a la habitación de Luis con objeto de presentársele a su hija, y cuando bajaban dijo el doctor: «Mi hija María desea hablarte en mi presencia.» Conmovióse a estas palabras Luis, de modo que le pareció saltársele el corazón. «¡Ea, vamos! Animo, volvió a decir el doctor,» y ambos entraron en el salón.

Allí estaba María esperándolos. El doctor ofreció a Luis una silla y le hizo sentar enfrente de sí, quedando a su derecha su hija María, la cual, aunque pálida y conmovida profundamente, permanecía ahora con entereza y sin derramar una lágrima siquiera, habiendo reservado para este trance todo su valor, como una virgen a quien pretendiesen llevar al martirio.

—Luis,—dijo ella entoces, sé por mi padre el afecto que usted me profesa, y puedo asegurarle lo que usted hace tiempo ha conocido y no necesito decirle ¿verdad? Pero.... este amor entre nosotros es imposible. Hay entre ambos un abismo, en el cual casi estoy segura de que usted no ha pensado nunca.

Luis se estremeció con estas palabras, como si hubiera descargado sobre él un rayo la tormenta más furiosa.

—Somos, Luis, de diferente religión. Usted es luterano y yo soy católica. María al decir esto enmudeció.

En países tan protestantes como Alemania, en los cuales van extendiéndose a la vez el protestantismo y el catolicismo, fácilmente se llega a la tolerancia religiosa, por la cual van olvidándose, por decirlo así, las diferencias en religión. Por esto casi no habían pensado

Luis y María cuánto los separaban sus opuestas creencias, aunque habían vivido siempre juntos. La misma María, con ser tan piadosa como era, no pudo librarse de esa especie de contagio.... así que al pensar delante de Dios este negocio, sintió como traspasado por una espada su corazón.... Mas no por esto vaciló, antes por el contrario, comprendiendo su obligación, quiso ser fiel a ella y observar sin arrogancia pero con firmeza, este deber que su religión la imponía. Luis se quedó largo rato en silencio, y luego dijo, aunque con recelo:

—Pero, María, ese obstáculo no es insuperable.... ¿No sabe usted que será libre siempre? ¿Cree usted que yo había de oponerme....?

—¡Oh! Sí, Luis, ya sé yo que no. Pero ¿y nuestros hijos...? ¿Vería usted quizá con gusto que fuesen católicos antes que luteranos?

—¡Ah! no—contestó Luis con toda franqueza, porque estaba de buena fe en el error.

—¿Y cree usted que había yo de estar tranquila, y que me resignaría alguna vez a que mis hijos recibiesen una educación religiosa contraria a mi fe, a que aprendiesen una doctrina que yo tengo por falsa y por una impostura? ¿Cree usted que yo había de contribuir a la condenación de sus almas?

Luis no contestó una palabra.

—Claramente lo conoce usted, ¿no es verdad, Luis?—siguió diciendo María.—Así que no hay más remedio que el olvido: nuestro amor es imposible.

Luis dirigió su mirada al doctor, el cual, fijos sus ojos en María, no hacía más que llorar de admiración y de ternura. Con esto ya no pudo contenerse tampoco Luis, sino que dio rienda suelta a las lágrimas, y levantándose se despidió de María, diciendo: «¡Adios, María! ¡Adiós.... y para siempre.... aunque siento que no podré dejar de amarla nunca!»

—Mas no está todo perdido aún. Una palabra, Luis—dijo María.—¡Yo veo aún una esperanza para los dos! Dedíquese usted a estudiar nuestra religión y a compararla con la suya ... Yo esperaré su juicio definitivo, Luis, y doy a usted palabra que no tomaré ninguna resolución hasta saber lo que usted determina. ¡Ah, Luis! ¡Si al fin llegara usted a pensar como nosotros.... entonces....!

Prometió Luis estudiar el catolicismo; se despidieron y María se retiró a su aposento. Allí, delante de un crucifijo, renovó la súplica de siempre de que la iluminase el Señor y le iluminase a él, y añadió la protesta de permanecer siempre fiel a sus divinas inspiraciones. Sentóse en una silla porque de rodillas no podía sostenerse, y abrazando al crucifijo continuó orando.

¡Acababa de ofrecer a Dios su felicidad, y sentía su corazón.... desgarrado!

Pocos días después fué Luis a vivir a un barrio retirado de la población, porque convinieron en que, mientras se resolvía la cuestión de religión que tenía en suspenso su bienestar y retrasaba su felicidad, diese de mano al discurso que había de presentar para recibir la borla de doctor.

En este tiempo no había de pisar las puertas de la casa don Röber; pero éste le buscó un sacerdote católico que le fuese instruyendo y guiando en los estudios y doctrinas de la Iglesia católica.

Luis comenzó su tarea, y de estudiante de medicina transformóse en estudiante de teología.

Varias conferencias tuvo con el sacerdote acerca de los preliminares de la teología, pero todas fueron tan inútiles como largas. Porque acostumbrado Luis al estudio de las ciencias naturales, acudía a ellas en busca

de objeciones que presentar al sacerdote, el cual no hallaba modo de resolverlas por estar habituado al estudio de la teología y de la filosofía antiguas. Así que en ellos se veían dos hombres sabios, contemporáneos sí, pero cuya ciencia distaba entre sí algunos siglos.

Comprendiendo bien esto el sacerdote, dejó las conferencias y las substituyó por libros, unos de su propia biblioteca y otros que él compraba o sus buenos amigos le prestaban. Con esto muy pronto vinieron a juntarse sobre la mesa del estudiante de medicina inmensos tesoros de controversia y de apologética.

Todos ellos los iba leyendo, anotando y examinando Luis con tal deseo de saber, que ciertamente podríamos decir que nadie le había puesto semejante, y nadie había empleado constancia igual. Así se explica que sólo en dos meses hubiera andado camino, tan largo como anduvo. Pero ¿qué camino...? ¡Ay! el camino que le llevó a otra ruina mayor...!

Porque con su talento claro vio en seguida sin esfuerzo la falta de lógica en las doctrinas luteranas, la inconsecuencia hasta en sus principios más fundamentales, y la pendiente fatal adonde llevan a sus adeptos y el racionalismo en que por último los precipita.

Luis pues no era ya luterano, ni tenía la fe que desde niño habían plantado en su corazón, y con tanto leer y tanto discurrir le parecía a él que sólo había obtenido destruir la fe que había profesado hasta entonces. Porque, por otra parte, no se le representaba el catolicismo con toda la claridad que él se había prometido.... Los motivos de credibilidad no le llevaban aún al asentimiento.... Le quedaban todavía muchos puntos oscuros.... Objeciones que muchas veces había resuelto se le volvían a presentar de nuevo y con nuevas formas.... y en la serie de raciocinios que él

mismo formaba para llegar a una verdad, faltábale a lo mejor uno como eslabón que los uniese.

En verdad, Luis no creía ya en nada.

Un Dios criador, autor de la ley natural con premios y castigos reservados para otro mundo diferente de este a los que la observen o la infrinjan... hé aquí en pocas palabras a qué habían quedado reducidas ya las ideas religiosas de Luis.

Todas las tardes solían ir, como de paseo, María y su anciano padre a una iglesia inmediata a rezar por Luis. Porque como se hacían a María tan largas las horas con la ausencia de Luis, como agradables cuando le tenían en casa, propuso a su padre pasarlas juntos en la presencia de Dios, para encontrar allí la calma, fortaleza y esperanza que su corazón reclamaba. También recomendó la conversión de un alma a las oraciones del Apostolado de la Oración, al que padre e hija pertenecían.

Nunca pierde un alma su fe, si no es a costa de grandes tribulaciones, más diré, a costa de un intolerable martirio. Véase una prueba en la siguiente página de Jouffroy. Va describiendo aquella noche en que «bajando como por escalones al fondo de su propia conciencia,» se encontró con que ya no creía nada. «Momento terrible, dice, fue éste, y cuando rendido por el cansancio me recosté en mi lecho, me pareció ver cómo se iba consumiendo mi primera vida exuberante de alegría, y abriéndose en cambio otra sombría y miserable que había de pasar yo solo, aislado de mis compañeros y amigos, y preocupado siempre con aquel pensamiento que a ella me había conducido y que estaba dispuesto a maldecir una y mil veces.»

Pues estos momentos de angustia tuvo Luis que pasar... y con este martirio martirizó su alma. Entre estas oscuras sombras de su corazón, siempre aparecía la imagen de María, a quien tanto amaba y a quien iba a perder muy pronto. ¡Horas de desesperación pasaba ya Luis, y muchas veces hubiera preferido la muerte!

Acertó a pasar por casa de Luis el sacerdote un día en que Luis, extraordinariamente excitado, estaba preparando y recogiendo todos los libros que le habían tenido ocupado los tres meses últimos y le habían envenenado su corazón.

—¿Qué hace usted, Luis?—dijo el sacerdote.

—Estoy preparando todos estos libros para devolvérselos a usted. Estoy ya harto de ellos; me han quitado mi fe y no me han dado la que ellos contenían.... Ahora me encuentro sin fé, sin esperanza y sin ventura. ¡Soy desgraciado....! ¡Ah! ¿Me podría usted devolver la fe que yo he perdido...?

—Bien hace, Luis,—contestó el sacerdote, bien hace usted en hablar así: eso es una súplica, una oración. Precisamente venía yo a aconsejarle lo que está usted haciendo. Porque está usted buscando con demasiado afán la verdad.... y la pide usted poco, es decir, ¡estudia usted mucho y ora poco!

—¡Orar!.... ¿y a quién he de orar? Y siguió Luis, declamando furioso contra la divina Providencia.

No por esto le interrumpió el sacerdote.... porque bien conocía que a medida que se desahogaba la ira de aquel joven desgraciado, tomaba posesión de su corazón la calma y el buen sentido.

—Vamos a paseo, Luis, dijo el sacerdote entonces. Necesita usted descansar; el tiempo convida a ello con su agradable temperatura y con la hermosura del cielo. ¡Ea, vamos!

Salieron pues los dos y estuvieron largo rato paseándose. Ya iba cayendo la tarde, el relente de la noche empézaba a sentirse, las estrellas se iban descubriendo, en fin, todo iba ya convidando a dejar el campo. Luis, sin embargo, seguía hablando, diciendo y repitiendo con admirable sinceridad el resumen de sus dudas... sin que el sacerdote contestase a todo más que con palabras de aliento y de confianza. Por fin, de vuelta hacia casa, llegaron al pórtico de una iglesia, y entonces dijo el sacerdote: «Vamos a entrar en esta iglesia a hacer un momento de oración. Usted, amigo mío, rezará por sus necesidades, y yo me uniré a sus intenciones.»

—¿Pero a quién quiere usted que rece yo—preguntó Luis.

—A Dios, amigo mío, a Dios.... ¿Pues qué, cree usted que no le ha de oír? Pídale luz para ver claramente las cosas y abrazar la fe, repítale una y muchas veces: ¡Señor, que yo vea!

—Vamos,—dijo Luis.

Luis se arrodilló devotamente sobre una silla, y ocultando el rostro con sus manos se puso a orar.

A los pocos momentos después, se oyeron en la misma iglesia unos pasos, después un suave crujir de las sedas de un traje; el sacerdote volvió la cabeza y admiróse no poco de ver a María y a su anciano padre que, según su costumbre, iban a orar en favor de Luis.

Este, absorto en su pensamiento nada había oído; pero María que le había conocido en seguida, ansiosa por saber qué era aquello, hizo desde lejos señas al sacerdote para que se lo explicara, el cual, juntando las manos dio a entender, y María lo comprendió, que era menester seguir orando al Señor.

¡Oh, y qué de veras se juntó ella con ellos para orar! Con todo su fervor y con todo su corazón postrose delante de Dios y le dijo: ¡Oh, Dios mío....! ¿Cómo es posible que no le oigáis, siendo infinito en bondad y misericordia?

Lo que pasó entonces por el corazón de Luis nadie lo sabe sino Dios, que iba derramando sus luces y sus gracias en abundancia sobre aquella atribulada alma.

—Luis, ¿qué ocurre?—dijo repentinamente el sacerdote al observar que Luis estaba sollozando.

—Prosiga usted, prosiga usted orando,—respondió Luis—Me parece que Dios tiene compasión de mí y se digna concederme lo que le pedimos.

—¡Ah, Luis....! Que no soy yo solo quien ora... ¡Mire usted! Y le mostró a María.

Quedó al punto Luis como sin sentido. María orando de rodillas, delante del tabernáculo, juntas las manos y levantados los ojos hacia el cielo, le había parecido un ángel, y olvidándose por el momento del silencio del templo, exclamó Luis: «¡María, María....! ¡Creo.... Creo....!»

Dos meses después de esto, el doctor Luis Freilitsch fue acompañando al altar de esta misma iglesia a María von Röber, para recibirla en presencia de Dios como esposa.

Aquí tenéis mi relato, concluyó diciendo nuestro amigo. Seis meses há que me visitó en Bruselas un alemán con el objeto de adquirir informes acerca de las conferencias de San Vicente de Paúl y del Apostolado de la Oración, para establecer ambas obras piadosas en su pueblo y organizarlas en su provincia tal como las tenemos aquí nosotros.

Este alemán se llamaba el doctor Luis Freilitsch, y de sus mismos labios oí lo que acabo de referir.

VICTOR VAN TRICHT, S. J.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico